



BARCELONA, 5 SEPTIEMBRE 1909

95 CÉNTA

Ayuntamiento de Madrid



Transcurre clemente el verano, sin que la pobreza se continúe donde siempre, sin veranear, tengamos porque dolernos en demasía de las inclemencias de la estación.

Pero si en Barcelona no se está mal, *gracias* á la longanimidad del termómetro, no por eso faltan sinsabores, ni molestias; á bien que lo mismo sucede en otras partes, y aun más.

Entre los cuales *mas* hay que apuntar, en primera línea, los accidentes ocasionados por los automóviles, ¡Caramba con los armatostes esos! ¡Qué mortíferos y traumatíferos son! Diríase que se han inventado adrede para romperse elegantemente el bautismo. Nunca me han seducido los tales traques, pero desde que son tan frecuentes las muertes, fracturas de huesos, conmociones cerebrales y demás todavía me hacen menos gracia, por mucho que vista meterse allí y hacer de *chauffeur* (en cristiano «fogonero»).

Nuestros benditos ministros, atareadísimos, no paran de echar *eses* al pie de decretos, reales órdenes, circulares y demás literatura burocrática. ¡Cómo arreglan á España! Diríase, al ver las priesas de San Bernardo, Gaset, Bessada, Bugallal (creo que se llama Bugallal), Alix y Santos que España tiene arreglo! Esperen dos ó tres meses, y ya se lo dirá de misas el Sr. Maura.

La prensa, con todo, en su *inmensa* mayoría, se muestra benevolentísima con el actual gabinete, tanto como se mostró hosca y agresiva contra el mallorquín más arriba mentado. ¡Misterios! ¡Meditemos!

Estamos en Barcelona reducidos, en punto á espectáculos, al Circo Ecuéstre, del Tívoli, y á una compañía de ilusionistas, en Novedades, aparte de los espectáculos comico lírico-bailables de los teatros de la izquierda del Easanche, desde el *Nuevo Retiro* á las barracas del *Paralelo*, pero se teme que el próximo invierno funcione la compañía Tabau, con su novísimo repertorio de *Por derecho de conquista*, y otras preciosidades. Por si acaso me atrevo á proponer al empresario no se olvide de *El Hombre de la Selva Negra* y *Los Jueces Francos*, y aun tal vez daría entradas *La Huerfana de Bruselas*.

Según noticias, Barcelona se dispone á celebrar las *Ferías y fiestas de la Merced*, repitiendo con ello la aplaudida tragi-comedia que lleva el título de *Enganya pagesos* (traducido al castellano, *engaña payeses*). Desde luego resultará una ridiculez, si se tiene en cuenta la brillantez y el rumbo que han caracterizado las ferias de San Jaime, de Valencia. En Barcelona faltan, en primer lugar, ganas de gastar dinero, y en segundo lugar el *espíritu sincero* que preside en las fiestas de la hermosa ciudad del Turia. Los burgueses de aquí no reparan en pesetas tratándose de cosas de fachada, pero no son capaces de gastarse un real en honra y gloria del común.

Por eso se dice que son *individualistas*; todo para el individuo propio, pero á los individuos ajenos que les parta un rayo.

Si se quiere admirar la esplendidez de nuestras clases pudientes nada mejor que venirse por aquí en tiempo de fiestas. El ricachón se contenta con hacer exhibición en su *cotatu* (esto es, de su coche), pero se guardará bien de sacarlo si el tiempo amenaza lluvia. Y si se busca la razón de porque tantos bailes de piano de manubrio pronto se encontrará en el *negocio* que armandolo piensan hacer el dueño de la carnicería, de la taberna, de la mercería, de la carbonería ó de la tahona tal ó cual, que *paga* la fiesta, previa la subvención de sus convecinos.

Útile dulci, que dijo el clásico.

Lo cual no obsta á que algunos *extranjeros* se hagan lenguas de la preponderancia que alcanzan en Barcelona los *intelectuales*. Una preponderancia, en efecto, como las que alcanzan entre los *rastacos* de Parí ó de Fray Bentos un doctor de la Universidad de Tubinga, que les hablase en alemán á aquellos *hijos del país*.

Se habla, se dice, se susurra, se murmura... Si quieren ustedes creerme, no hagan caso de esas *parruchas*; son preparativos electorales. Estamos abandonados de la mano de Dios y no hay más que dejar que ruede la bola, hasta que la Providencia, en sus altos designios, diga *¡alto!* Entretanto, paciencia y barajar. Es lo único que se consiente.

ARGOS

LORD SALISBURY

Dicho sea en honor á la verdad la muerte de Salisbury (pronuncien ustedes *Sásbere*) no ha dado á nadie, en España, ni frío ni calor. Con todo, aparte de su aspecto político, ofrece la vida de Salisbury algunos rasgos curiosos, y por eso vamos á decir algunas cosas de él.

Hijo segundo de una linajada familia, nació en el señorial castillo de Hatfield en 1830 y siguió sus estudios en la Universidad de Oxford, famosa por el espíritu conservador que en ella se respira, debido quizá á aquellos imponentes edificios de la Edad Media que constituyen su característica.

Salido del viejo baluarte del *torismo* (ó como diríamos en castellano del *moderantismo*) dió la vuelta al mundo deteniéndose particularmente en Australia y Nueva Zelandia, donde trabajó como minero, confundido entre los demás.

Elegido diputado por el distrito rural de Stamford, á los veintitres años, se enamoró de la señorita Georgina Alderson, hija de un modesto juez, y á pesar de la oposición paterna se casó con ella, cosa que no le perdonó el orgulloso autor de sus días que desde aquel momento le cortó los viveres. Pero no se arredró por eso el joven Roberto Cecil; sabía escribir y poseía vastos conocimientos por lo cual no le fué difícil que le tomasen sus artículos algunos periódicos y revistas conservadoras, afirmandos con ellos la brillante reputación que por otro lado iba adquiriendo en la Cámara de los Comunes.

En 1861 murió su hermano mayor, y Roberto Cecil se encontró con ello heredero de su casa, tomando el título de lord Crawborne, que llevaba el primogénito: Lord Derby, jefe del partido *Tory* ó conservador, que hacía gran caso de lord Crawborne como orador y publicista le nombró de golpe y porrazo ministro de la India, en cuyo cargo demostró extraordinarias condiciones de hombre de Estado.

En 1869, por muerte de su padre, quedó conver-

tido en marqués de Salisbury, con asiento, por derecho propio, en la Cámara de los Lores, y desde entonces puede decirse que su obra política fué inmensa. Al suceder Disraeli á lord Derby en la jefatura del partido *Tory* le confió también la cartera de la India en cuanto subió al poder, el año 1874, siendo sucesivamente ministro de Negocios

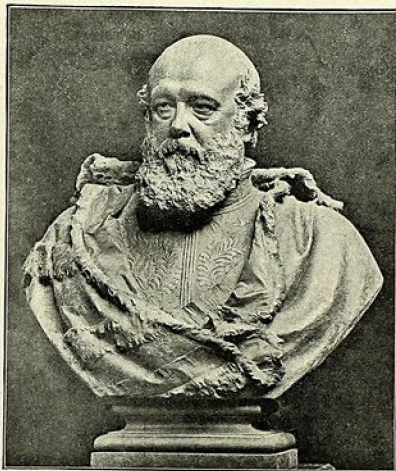
Extranjeros, representante de Inglaterra en el Congreso de Berlín y por fin, en 1881, *Premier* ó presidente del Consejo por muerte de Disraeli.

Habíase distinguido hasta entonces, y continuó distinguiéndose también después, por su implaceable hostilidad al gran Gladstone, sin que á éste, al parecer, le diese gran cuidado. Después de muchas caídas y subidas, entre liberales y conservadores, y deshecho el partido que acandillara el *Grande Anclano* una vez se hubo retirado de la escena política, quedó el campo libre para los conservadores, reforzados por Chamberlain y otros tráfugas, y así ha sido como desde 1895

hasta hace poco ocupó el poder lord Salisbury, imprimiendo á la política extranjera inglesa el carácter belicoso que hoy ostenta, y que no es como el desenvolvimiento del *imperialismo* inventado por Disraeli.

Lord Salisbury deja una fortuna de cien millones de francos. Era un gran químico, y cuando hablaba en el Parlamento se veía que llevaba las manos manchadas siempre por los ácidos y tinturas de su laboratorio. Era un *gran señor* en toda la extensión de la palabra, y tenía fama de incurrir en tales distracciones que llegaban hasta lo inverosímil.

Fuera ya Salisbury de la escena del mundo le ha venido á reemplazar su sobrino Balfour, que no llega ni de mucho á tener su talla, pero así van las cosas. Desaparecen los hombres grandes y solo quedan... Villaverdes y Alixes.



LORD SALISBURY
Busto en bronce por Prince Joy

ALFREDO OPISSO



I

Permíteme, lector, que te conduzca á la buhardilla n.º... para que veas un cuadro triste y lastimoso:

Una habitación pequeña con dos sillas y un catre viejo con un jergón; sobre él una mujer sexagenaria que agoniza.

Junto á ella una joven, casi una niña, que representa unos diez y seis años, de aspecto melancólico y bello, y en sus ojos llorosos se ve la marca de la resignación.

—Andrea,—dice la enferma con voz débil,—acércate. ¡No llores, ten resignación, la portera te quiere y te acogerá como hija, pero antes,—dijo con tono solemne,—escúchame para que sepas que aún te queda alguien en el mundo aun cuando yo muera.

En el rostro de Andrea se retrató la sorpresa con colores vivísimos.

—¡Habla! ¡Habla y acaba pronto!—dijo, cayendo sobre la cama de su abuela.

—Tu padre murió en el patíbulo, ¡era culpable! ¡Te había dejado huérfana matando á tu madre! Pero tu madre, Andrea, ¡mi hija desgraciada!—dijo, haciendo esfuerzos desesperados por incorporarse, —¡también era culpable!

Hubo un momento de silencio. Era el dolor el que dominaba. Y daba aspecto más sombrío á aquel cuadro la mortecina claridad de la bujía que se apagaba.

—¡Sí!—prosiguió.—¡Tu padre la mató celoso! ¡La justicia mató á tu padre! Y aún, casi cómplice de...—y se detuvo horrorizada de lo que iba á pronunciar,—y á mí,—dijo,—¡me mata el tiempo! pero aún ¡joye!... ¡aún tienes un hermano en el mundo!

Al escuchar tal revelación Andrea vaciló, pero un momento después, en un arranque de ansia, dijo: —¿Dónde!... ¿dónde está!... ¡cómo se llama!

—No sé donde se encuentra,—prosiguió con el mismo tono solemne,—debe ser ya un hombre, si es que vive, y se llama...—é hizo un esfuerzo por recordar,—se llama ¡Leocadio!...—y se detuvo, fatigada de las violentas sensaciones por los recuerdos que acababa de evocar.—Fué criado lejos de aquí y desde hace ocho años que se marchó á América no he sabido de él. Si muero yo búscale y dile que su abuela y su madre le quisieron siempre; y á ti, hija mía,—dijo con voz temblona cogiéndole la mano,—¡que Dios y él te protejan siempre!

Un momento de silencio. Andrea no pudiendo resistir tanta sensación recibida en tan poco tiempo por el doloroso recuerdo de sus padres, la vista de su abuela que agonizaba y la noticia de la existencia de un hermano que había ignorado hasta entonces, cayó sobre la silla con el cerebro enloquecido y el corazón destrozado.

¡Ella tenía un hermano y no le conocía! Más aún, nada había sabido hasta aquella noche... ¡Ella!, la que se creía sola ya no lo estaba... ¡qué alegría!

Transcurrieron unos minutos más de silencio, y Andrea levantándose, como la mujer que toma una resolución, dijo á su abuela:

—Es preciso que vivas y vivirás, yo soy joven y aun cuando no sea más que pedir puedo; ¡yo no quiero que mueras de hambre! Y abrigándose con un mantón salió á la calle.

II

Era una noche de octubre. Fresca por cierto, puesto que el aire se agitaba con demasiada viveza

haciendo rechinar los dientes de los escasos transeuntes que circulaban por la calle; oscura como si el cielo se hubiera puesto un manto negro para librarse del frío tapando al mismo tiempo las estrellas.

Daban las doce. Un individuo bajaba por la calle de Fuencarral, y la rapidez y desenvoltura con que caminaba cortando como una flecha las ráfagas de viento que pretendían desprenderle de la capa, delataban á un espíritu fogoso dentro de un cuerpo joven.

Siguió andando unos cuantos minutos y de repente se paró inclinándose como para escuchar á alguien que salía de uno de los ángulos de la acera.

Era una niña pura y bella como una violeta recién nacida; dulce de expresión y pálida de semblante como el amanecer de algunas mañanas otoñales, y de ojos negros, de mirada inquieta y brilladora como la luz de una estrella incrustada en el fondo de un cielo oscuro en una noche tranquila.

—¡Caballero!—gritó con voz débil viendo bajar á nuestro personaje.

Y el hombre que no se detenía ante la violencia del viento que cortaba se sintió refrenado por el ímán de una vocecita triste que le atraía.

Poco tardó en distinguirla, diciéndola: —¿Qué quieres?—Y ella, con esa mezcla de alegría y ver-

güenza de las niñas que piden por vez primera una limosna con riesgo de su honra, sintió arrepentimiento de haberle detenido. Pero era preciso; había salido á aquella desesperada hora por algo; por necesidad; y no podía dejar morir á su abuela, única ayuda que le quedaba en el mundo.

Un nuevo —¿qué quieres?—dicho más fuerte y con una mezcla de misterioso interés la hizo volver en sí de la batalla que sostenía interiormente, y ella dejando escapar una lágrima incomprensible mientras le dirigía una mirada de agradecimiento; mudando rápidamente de color y avergonzada dijo con el mismo timbre triston y miedoso: —¡Nada!

No obstante, lo extraño de la respuesta el joven, un tanto interesado, se atrevió á preguntarla:

—¿Cómo te llamas?

—Andrea Rosell.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y seis años dice mi abuela que cumplí ayer.

—¿Tienes abuela?

—¡Sí!

—¿Y padres?

—¡No! Soy huérfana, no tengo más que abuela.

—¿Dónde vive?

—¡Allá!... ¡por Dios, caballero, mi abuela se muere, deme una limosna pronto! ¡pronto!

—¿Quedarías sola si muriera?—dijo él sin hacer caso.

—¡Sola, sí, por más que tengo un hermano!

—¿Qué lástima!—pensó él.—¿Te desprecia?

—¡No! Es que no nos conocemos.

Y él, enternecido, subyugado por aquella mirada suplicante, dijo, deslizando una moneda de plata en las manos de la niña: —¡Toma!—Y después de enterarse de donde vivía se despidió hondamente preocupado. Andrea llena de alegría, como el náufrago que distingue un buque en el horizonte, se fué á llevar á su abuela un poco de alimento, un poco de aquella vida llena de cariffo que tanto ansiaba sostener contra las crueldades de los años.

III

Sería la una de la noche cuando Andrea llegó á la buhardilla de su abuela llevando un poco de alimento.

Al llegar empujó suavemente, la puerta cedió y se encontró con la habitación completamente á oscuras; se había apagado la bujía.

Llamó á su abuela en voz baja y nadie contestó; llamó más fuerte y tampoco. Sobresaltada ya por lo que pudiera haber ocurrido y no llevando ninguna cerilla para dar luz, volvió á llamar llena de miedo y del fondo de la pequeña habitación salió una voz que dijo: ¡Andrea!

Muda ésta de terror no se atrevió á moverse, y allá donde había salido la voz vió algo que parecía un cuerpo de mujer incorporarse y repetir: —¡Andrea!, y al mismo tiempo la luz de un fósforo iluminó la estancia.

Esta vez tranquilizóse por haber conocido la voz de la portera y acabado de cerciorarse al encender la luz; é inmediatamente miró á su abuela que dormía aunque considerablemente debilitada y después de este examen brevísimo dijo:

—¡Qué miedo me ha hecho usted pasar!

—Tranquilízate, hija mía, ¿traes algo?

—Sí, creo que con este alimento se mejorará. ¿Cómo se hallaba usted aquí?

—Subí á hacer compañía á tu abuela cuando tú te marchaste y hace un rato, al apagarse la bujía, nos quedamos dormidas.

Y ambas comenzaron á preparar un caldo á la vieja enferma.

IV

—Sí, hija mía, gracias á ese caballero, que ha sido nuestra Providencia, he podido sostenerme esta noche. Sin su auxilio, sin la bendita limosna que te dió quizá hubiera muerto.

—No, querida abuelita, no; tú vivirás,—dijo con voz mimosa.

La vieja sonrió tristemente.

—Y ¿dices que vendrá aquí ese caballero?

—Así me dijo anoche al darme la limosna.

—¡Que cuadro de miseria! Mejor será que no venga,—dijo la abuela.

—¡Vene á socorrernos!—replicó la niña, y en aquel momento se oyeron pasos por la escalera y poco después entraba en la morada de la desgracia un joven alto de simpático aspecto y mirada caritativa.

Andrea al verle, llena de gratitud, no supo qué decir y se echó á sus pies de rodillas, y el joven dándole la mano respetuosamente para que se levantara la dijo: —*¡Toma! ¡Para que alimentes á nuestra pobre abuelita!*...—y abrazó emocionado á la enferma.

Andrea, al esenchar aquellas palabras recordó instantáneamente lo que su abuela le había referido respecto á los amores ilícitos de su desgraciada madre, y como la mujer que es acometida por un impetuoso arranque, bruscamente se abrazó con fuerza al joven diciendo, mientras las lágrimas se le escapaban de los ojos: —¡Leocadio!

—¡Hermana!—dijo éste estrechándola, y simultáneamente se oyó la voz de la vieja, ya agónica, que decía:

—¡Hijos míos, que Dios os bendiga!...—y espiró, mientras rodaban por el suelo como cosa ya despreciable las monedas que Leocadio había dado á su hermana para alimentar á aquella pobre enferma... que acababa de morir.

ROBERTO MOLINA



VISTA DE DORP, cuadro del insigne pintor Alberto Cuyx

BELLAS ARTES

La escena representada por el pintor es familiar á cuantos en estos momentos veranean en las costas del Atlántico, ya que los que vivimos en las riberas del Mediterráneo estamos privados de la contemplación de tales fenómenos, que de acaecer alguna vez son sumamente raros.

Y aquí es de notar la grande conveniencia, la casi imprescindible necesidad de que los habitantes del centro, de las dos mesetas castellanas, bajen hasta las costas para respirar otros aires, y de paso ver otras tierras; pero no á la manera que suelen hacerlo muchos, sino como aconseja la higiene.



BAJAMAR, cuadro de U. Hook

No son pocos, en efecto, los que salen de Madrid para San Sebastián ó cualquier otro puerto de mar, y vuelven sin aaberse bañado, y sin haber visto apenas el líquido elemento. Todo se reduce á cambiar de casino, de cuarto y de calle, pero la naturaleza sigue siendo para ellos letra muerta. No, no es así como se debe veranear: nada hay más sano ni *reconstituyente* que la vida al aire libre, que las excursiones, que las caminatas. El espectáculo de la bajamar y de la pleamar debe ser admirado en su verdadero terreno, desde lo alto de los acantilados, por entre las rocas, ora anegadas por las olas, ora al descubierto, de igual manera que conviene gozar de las bellezas agrestes transportándose al bosque y no contentándose con dar vueltas á los paseos urbanos.

El mar, sobre todo, debería tener un atractivo especial para los que viven en el interior; no hay nada más grandioso, no hay nada que más impresione, pero habrá muchos que, cerrados á toda sensibilidad, solo se les ocurra decir, á la vista del Océano, lo que el cardenalito de la Escala, D. Luis de Borbón, cuando se lo enseñaron en Cadiz: —¡Mucha agua! ¡Mucha agua!

Gracias al cielo, sin embargo, no todos son cardenalitos, y de cada día aumenta el número de personas que son verdaderamente artistas y penetran en el fondo de las bellezas que atesora la vista del mar, y quien dice el mar, dice la Naturaleza en general. Los españoles hemos sido algo tardíos en la demostración de este sentimiento, que dormía en el fondo de nuestra alma; como había dormido en las de nuestros hermanos de raza. El amor al paisaje nos viene del Norte, digase lo que se quiera, y lo sentimos desde un tiempo relativamente corto. Por muchos siglos solo nos interesó, como á otros, la figura humana; ya hoy son á miles los que sienten vibrar las más delicadas fibras de su organismo moral ante el espectáculo de unas rocas de las cuales se ha retirado el mar.



COGIENDO FLORES (MEDIODÍA DE FRANCIA), cuadro de Guillermo Lorysdall



OLAS Y FLORES

Es tanta mi pasión, mi angustia tanta
que me vence tu amor si me provoca;
qué he de hacer, ¡ay de mí! firme es la roca
y al golpe de las aguas se quebranta.

¡Déjame ya, por Dios, porque me espanta
verte en mis brazos, delirante y loca,
¡y siento con el roce de tu boca,
un nudo que me aprieta la garganta!

En vano busca el alma en sus dolores
por hervientes borrascas combatida,
del faro los serenos resplandores;

Estando nuestra suerte tan unida,
nos dió el destino cruel, á ti las flores
y á mí las tempestades de la vida.

M. PABO





UN CASO RARO

En Jacinto Suarez de Milano no se cumplió aquello de tal palo'tal astilla. Su padre era un señor usurero que no dejaba escapar nunca la ocasión de apoderarse de un céntimo, si no había más que uno.

Desde su más tierna infancia se dedicó á la usura y al ahorro; nunca daba, ó cambiaba con ventaja; ó vendía ó prestaba, pero con garantía que quedaba entre sus manos.

A él nunca se le quedó con nada nadie.

—A mí no me la da nadie,—decía el progenitor de Jacinto con frecuencia. Y era verdad.

Su casa de préstamos era la más rica de Zaragoza, lugar donde se desarrolla el suceso.

A ella iban á parar todas las miserias que para el dueño se convertían en riquezas al pasar á sus manos.

Quien apurado por la necesidad llevaba á Suarez de Milano, padre, una prenda que en días de prosperidad había adquirido en ciento, allí se quedaba por cinco y se quedaba para siempre.

Quien aprendía el camino de aquella madriguera empujado por la necesidad allí dejaba cuanto poseía, hasta lo más humilde, hasta lo más necesario; primero se salía de allí con un puñado de plata, luego con unas cuantas monedas de cobre.

Cuando le llegó su hora á Suarez Milano, padre, se hizo cargo de la casa Jacinto.

No era el negocio muy del agrado del heredero, y si no hubiera sido por lo tentador que es el dinero, Jacinto no se hubiera encarrado de él.

Cuando empezó á ejercer su nuevo oficio Jacinto sufrió mucho.

Su vida había sido muy distinta; desde muy joven dedicado al comercio, representando grandes fábricas, se había acostumbrado á ciertas grandezas.

Viajaba sin mezquindades, y sobre todo nunca tuvo tratos con la miseria ni las necesidades.

En el mundo en que se movía había exceso de dinero.

En el que ahora había entrado sucedía todo lo contrario.

Allí iba á estar nadando entre oro'sí, pero rodeado de todas las lacerias humanas.

El buen Jacinto no servía para el asunto.

Sus primeras operaciones fueron desastrosas.

Llegó una pobre vinda, uno de los primeros días que él operaba en la casa, y con la cara triste y desolada desenvolvió de un papel un par de pendientes, dos aritos de oro, de esos que usan las niñas y que llaman abridores.

La pobre mujer al cogerlos para entregárselos á Jacinto lloró.

Eran los primeros que había usado su hija, joven hermosa que perdió la vida cuando era un encanto de hermosura.

Jacinto vió que allí se trataba de una pena hondísima y de una necesidad apremiante.

Y en vez de extender la papeleta consoló á la infeliz mujer y la socorrió con mano pródiga.

Tras de aquella aventura siguió otra y otra hasta el punto de que la casa de empeños se vino á convertir en una tienda asilo donde todas las lágrimas se enjugaban y todas las necesidades se remediaban.

El sistema tan inaudito para regentar una casa de préstamos dió por resultado que Jacinto diera al traste con su fortuna y este pobre, pero con el alma limpia de toda mancha, volviera á su antiguo oficio.

En él le fué propicia la fortuna y consiguió asegurar la vida de sus hijos de toda contingencia metálica; pero cuando más feliz era no queriendo el hado que hombre tan singular viviera en este mundo tan mezquino, le dió muerte en un accidente ferroviario.

TOMÁS CARRETERO

(Dibujos de Gascon)



NOVEDADES TEATRALES

De bastantes años á esta parte ha sido objeto de una verdadera restauración el género de baile español, por mucho tiempo proscrito de nuestras escenas, pero con caracteres nuevos, que le han hecho *importante*, y sino que lo digan esas artistas coreográficas que tanto predicamento alcanzan en París.

Entre las cultivadoras de este género llamó grandemente la atención en Barcelona la reputada bailarina Elisa Romero, en el teatro del Nuevo Retiro, donde trabajó hasta hace poco tiempo, cosechando numerosos aplausos.

El baile flamenco, como suele llamársele, es hoy uno de los espectáculos predilectos del público, y se puede tener por seguro que es la tabla de salvación de muchos empresarios. Viene á ser como una prolongación de la *festa nacional* y no puede negarse que constituye un arte genuinamente español, en el cual se han inspirado no pocos escritores y artistas para reproducirlo luego en artículos de costumbres, dibujos y lienzos. Los tipos que á él pertenecen tienen marcada fisonomía, y de ahí que en el extranjero tengan una aceptación que en manera alguna alcanzan los que no se distinguen fuertemente del término medio corriente.

Se ha inaugurado ya el Circo Ecuestre, viéndose concurridísimo el Tivoli, cuyas funciones se cuentan por llenos. El público barcelonés es sumamente aficionado á los espectáculos, no pocas veces sorprendentes, que constituyen el carácter de aquella compañía, y hay siempre motivo para esperar alguna novedad llamativa. Al presente son la *great attraction* unas focas amaestradas que, realmente, ejecutan

trabajos que nadie creería sin verlos.

Proximamente hará su debut en el teatro de la Gran Vía la eminente actriz Sra. Vitaliani, que tan calurosas simpatías cuenta en Barcelona.



ELISA ROMERO
Notable bailarina española

MUJERES A CABALLO



AMAZONA, SIGLO XV



AMAZONA (1820)

La bicicleta, el motociclo, el automóvil, y antes que ellos el ferrocarril, han matado al caballo, metafóricamente hablando; como la fotografía ha matado la pintura y la pólvora mató el feudalismo. De ahí la gran decadencia en que se halla hoy la equitación, rudamente combatida por el caballo de acero.

No así en otros siglos; el caballo, «la más noble conquista del hombre», según la repetida frase de Buffon, era un verdadero amigo, un compañero del hombre, y de la mujer. Sin necesidad de remontarnos al recuerdo de las fabulosas Amazonas veremos que en el largo transcurso desde la Edad Media hasta hace aun pocos años el caballo era la montura predilecta de las damas, quedando en historias y novelar innumerables trazas de este hecho. Frequentísimas son en vidrieras y retablos,

las representaciones de gentiles señoras, reinas, princesas y demás principales damas montadas en blancas hacaneas, en gallardas yeguas ó en briosos corceles. No se hacían de otra manera muchas viajatas, en los siglos medios, y aun al comienzo de la Edad Moderna, y como sucede hoy con los *chauffeurs* de los automóviles, cubríanse el rostro, pero no con un lienzo, sino con lujosos antifaces, costumbre que subsistía aun en pleno siglo XVII, como saben cuantos han leído el *Quijote*.

No había doncella noble que no supiera montar á caballo, tan perfectamente como las labradoras sabían montar asnalmente. El triunfo de la Revolución Francesa produjo una interrupción en tal ejercicio, pero no faltaron, en cambio, heroínas que iban á caballo por la Vendée de igual manera que



RENACIMIENTO, ÉPOCA DE CATALINA DE MÉDICIS

aquella jacobita Diana Vernon, inmortalizada por Walter Scott. En el transcurso del pasado siglo y á los deportes ecuestres por la influencia inglesa se puso en moda de nuevo la equitación, pero no ya como medio, sino como fin, convertido en distinguido *sport*, en el cual sobresalieron por cierto dos ilustres españolas, la reina D.^a Isabel II y la emperatriz Eugenia.

Intrépida amazona era la primera; cuántese que allá, por los años de 1854, trajeron á las caballerizas un potro que nadie podía desbravar. Quiso verlo la reina, y antes de que pudieran impedirlo los cortesanos, partia

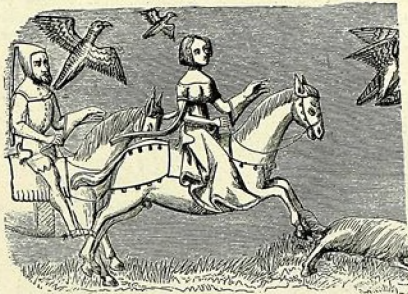
á galope tendido sobre el indómito animal, regre- sando al cabo de media hora con el corcel más suave que un guante.

La emperatriz Eugenia e a también una consumada *horsewoman*, dando ejemplo de arriesgadísimo arrojo en las cacerías de Compiègne. Por cierto que una vez invitada la esposa de un ministro, hubo de caerse al poco rato de haber montado, y volviéndose hacia ella iracunda, la augusta dama exclamó:

«—¡Señora, cuando se sabe montar, no se va á caballo!»

La desgraciada señora se echó á llorar, y Napoleón III tuvo que apelar á toda clase de satisfacciones para que su ministro dispensara el arranque de la emperatriz, colmándole de favores y mimos.

Ya hoy, con la desaparición del romanticismo, y las demás causas al principio apuntadas queda casi reducida la equitación femenina á las *ecuyères* de circo.



CAZADORA, SIGLO XIV



DAMA DEL SIGLO XVII



AMAZONA DEL TIEMPO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

SEPTIEMBRE

Este mes, noveno del año para nosotros, era para los romanos el séptimo, según el calendario de Rómulo, dejándole César su nombre primitivo cuando procedió á la reforma. El Senado, años después, quiso llamarle *Tiberio* en un rasgo de adulación á este horrible monstruo, pero el solitario de Capri

tuvo el buen gusto de oponerse á tal designación. Otros nombres se le pusieron, pero ninguno ha prevalecido, y ha seguído llamándose *Septiembre*, pese á la inexactitud de tal título.

Correspóndele la *Balanza* como signo del Zodiaco, y está perfectamente designado este objeto, pues resulta una perfecta alegoría del equinoccio. De ahí que en el calendario republicano de Fabre d'Eglantine empiece el año el día 22 (y á veces el 23 ó 24) de Septiembre, contándose desde la media noche del día que sigue al verdadero equinoccio de otoño en el Observatorio de París, llamándose dicho 1.º de año el 1.º de Vendimiario.

Es Septiembre uno de los meses más agradables del año para permanecer en el campo; las cosechas están á punto de sazonar; la caza abunda y refresca la temperatura. El único inconveniente

niente es si la da por ser lluvioso, en cuyo caso resulta incómodo por demás, y no poco perjudicial en el concepto de deslucir las ferias y fiestas que se celebran en no pocos puntos de España.

Otro inconveniente ofrece también: el de ser el último mes de las vacaciones escolares y poner fin á los idilios que en balnearios y otros sitios comenzaron entre veraneantes.

Aparte de esto, Septiembre es el mes que los labradores esperan con impaciencia para las vendimias, si bien en algunas partes acostumbran ahora adelantarlas. Y la vendimia, es sin duda, uno de los actos más solemnes de la agricultura.



ALEGORÍA DE SEPTIEMBRE

M. MAULEON

Con el
los señores
res el cual
album JO

B
Sidonia
Zola.

La pie
Bernard.

El amo

liano Sch

La volu

Emilio Zo

El fin d

Alexis.

Santia

Zola.

La fies

lio Zola.

El secr

de L'Isle

Sin tra

Los su

(ilustrada

El mac

rico Sou

La ino

por Car

Para pe

nistración

za de Tet

Ref
que a
solo s
gran

Tu

que se

cual ra

que se

Tu

un mor

y desde

el des

QAN M
FEBBO

RESERVA

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 88.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Cena ya, cena ya, y horrorendo contempla al pueblo ya desparviendo al rugir de tu sorda catarata.

Pues que tú cual volcán entrelazado asustas las palomas en su nido y viertes solo, fuego, lava ó plata.

RITA FONS Y ARQUÉS

..

Durante la época del Terror, un caballero, que había sido condenado á muerte, publicó por toda la ciudad el siguiente anuncio:

«Que vengan á prenderme para llevarme á la guillotina; no trataré de huir, pero si advierto caritativamente que llevo siempre conmigo dos pistolas cargadas, con las cuales mataré á dos hombres; ellos, en cambio, sólo podrán matar uno.»

Este solo anuncio bastó para que nadie se metiese con él.

Si todas las víctimas de aquella época vergonzosa hubiesen imitado á aquel caballero, la Francia no hubiera pasado por los horrores que la ensangrentaron ni las vergüenzas que la deshonraron á los ojos de las demás naciones.

..

Vengan callos á granel, que no podrán resistir á una ó dos aplicaciones si se usa el Ladivonsim.

COPLAS SATÍRICAS

El corazón no se compra, dicen que un sabio afirmó. Mas por lo visto, esa regla en ti tiene la excepción.

Te persigo sin cesar y dices que soy tu sombra, y tu sombra es el recuerdo del que se llevó tu honra.

Solo una cosa me inquieta al mirar tu linda cara, pues que me recuerda el fango que ocultan las puras aguas.

Dicen que en tierra de ciegos el tuerto suele ser rey, por lo mismo tu en el mundo pasas por hombre de ley.

Porque yo soy jorobado se burlan de mis espaldas, lo que yo llevo á la vista otros llevan en el alma.

Canto cuando tengo penas, canto en medio del placer, solo un día no he cantado, ¡El día que me casé!

ANGEL MACÍAS

PARTICULARIDAD DE UNA PALABRA

ACRILIO

Hay una palabra que expresa el que profesa cierto arte que contiene entre sus letras las cinco vocales sin repetir ninguna.

¿CUAL ES ESTA?

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

Los pasatiempos del número anterior

Charadístico.—

CORO-NENE MURO

CO-MU-NE-RO

Problema de ajedrez núm. 16 —

B N

1. — C 5 D 1. — A juega.
2. — C 4 7 A toma P 2. — C toma C
(jaque)

TABLAS por quedar el R blanco ahogado.

CORRESPONDENCIA PARTICIOLAR

F. M. T.—Oviedo.—Su poesía debería aparecer en el periódico que la motiva y no en *Tris*, que no tiene nada que ver en ello.

F. R. de S.—Madrid.—En cuanto tenga un rato disponible buscaré los números y tendré mucho gusto en enviarlos.

G. G. M.—Santa Cruz de Tenerife.—Gracias por las poesías que procurará puedan salir pronto.

F. P. S.—Madrid.—Idem.

J. V. L.—Valencia.—Aceptado el cuento.

B. H. M.—Valencia.—Reibiré, en efecto, el cliché, y no tardará en salir el trabajo á que se refiere.

R. F. A.—San Gervasio.—Muchas gracias, por su bella poesía.
A. M.—Arévalo.—Idem.

UNA MÁXIMA. por Novejarque

QAN NOTA RIO DE : X ARTÍCULO BELGICA 500 E
MUSICAL SANTANDER
Pronombre VOISIN Molestia 101 VOISIN pa 1 J 0
VLOM VLOM

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTERE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGÁFICO EDITORIAL «LA TRÉFICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

COLONIA DEL CABO (AFRICA AUSTRAL)



CABALLERÍA: SOLDADO DE LÍNEA